



Jornadas de Investigación en Filosofía

Departamento de Filosofía.
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
Universidad Nacional de La Plata

El deseo, una mirada sobre la enseñanza de la filosofía

Florencia Montiel (UNGSarmiento)

Esta ponencia aborda la cuestión del “deseo” en la enseñanza de la filosofía que es el tema principal de la investigación que como becaria estoy desarrollando en la UNGS desde hace un año.

Como sabemos ha habido hace varios años un cambio en el abordaje del problema de la enseñanza de la filosofía. En este enfoque, entre cuyos iniciadores se cuentan Guillermo Obiols y Eduardo Rabossi, se trata de acercar filosofía y enseñanza y se comienza a pensar a esta última como un problema filosófico, es decir que en alguna medida y bajo ciertas condiciones enseñar y aprender filosofía consisten, de alguna manera, en *hacer* filosofía. Esto se deduce de lo que entendemos se debe enseñar y aprender bajo el nombre de filosofía, para adelantar brevemente, estamos pensando en un tipo de *actividad* acompañada por un tipo de *actitud*.

Si el enseñar filosofía es asumido como una práctica filosófica, el docente debe asumirse, en alguna medida, como “filósofo”, debe asumir alguna concepción, aunque provisoria y no necesariamente propia, de la filosofía y del filosofar y luego intentar que se exprese en su tarea de enseñanza. Lo que pretendemos enseñar no es una disciplina en tanto que un *corpus* de conocimientos producidos, concensuados y difundidos como conocimientos definitivos y verdades indiscutibles. Rabossi lo dejaba claro en los primeros eventos académicos donde se discutían estos temas afirmando que no se puede enseñar filosofía, porque ella no está en ningún lado. Observemos la tarea propia del filósofo: no es alguien que domina unos contenidos específicos, sino alguien que sabe filosofar. Lo que cabe

enseñar entonces es una práctica, el filosofar, pero esta práctica tiene una “materia prima”, se nutre de la historia de la filosofía, de los sistemas filosóficos y de ciertos problemas filosóficos que los constituyeron. Más recientemente, pero en la misma línea de Rabossi, Alejandro Cerletti nos vuelve a mostrar cómo la enseñanza de la filosofía debe ser una enseñanza filosófica:

“Filosofía y filosofar se encuentran unidos, entonces, en el mismo movimiento, tanto de la práctica filosófica como de la enseñanza de la filosofía. Por lo tanto, enseñar filosofía y enseñar a filosofar conforman una misma tarea de despliegue filosófico, en la que profesores y alumnos conforman un espacio común de pensamiento.”¹

Asumiendo los aportes de quienes nos antecedieron en la indagación de la filosofía y su enseñanza como un problema filosófico, queda claro que no se puede enseñar filosofía sin antes responder a la pregunta acerca de qué es la filosofía. Esa pregunta fundamental (y por qué no fundacional, implícita o explícitamente, de todo curso de filosofía) constituye un problema de la filosofía misma. No encontraremos una definición unívoca de filosofía que nos permita partir de un lugar seguro y consistente para encarar su enseñanza, definición será de cada profesor filósofo. Inmediatamente le corresponderá pensar qué entiende por “enseñanza” de la filosofía. Todas estas decisiones hacen al vínculo entre quien enseña con la propia filosofía y con la enseñanza. Las clases de filosofía serán consecuencia del sentido que tal vínculo adquiera. Con esto tendrá que ver el tema que aquí planteo.

Por ser esas decisiones propias de cada docente es que no hay supuestos ni procedimientos para enseñar filosofía de *un* modo eficaz y que puedan ser aplicados en cualquier circunstancia y por todos los docentes. El docente, no será un mero ejecutor de técnicas y procedimientos vacíos a los que aplica los contenidos filosóficos para ser transmitidos “objetivamente”, será un pensador, que reflexiona acerca de sus propios conocimientos, su vínculo con la filosofía y el contexto (histórico, social, de género, cultural, etc.) en que enseña.

¹ CERLETTI, A., *La enseñanza de la filosofía como problema filosófico*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2008, p. 20.

El problema del deseo por la filosofía nos interpela como profesores filósofos, por lo que debemos afirmar algún punto de partida para nuestra reflexión. Sostendremos que la filosofía es una construcción subjetiva que se apoya en elementos que podríamos llamar objetivos (la historia de la filosofía, los textos filosóficos, algunos problemas “clásicos” de la filosofía) y en elementos coyunturales, que varían de acuerdo al contexto en que se filosofe (Cerletti: 2008). El cuestionar del filósofo es permanente; constituye, en realidad, un constante repreguntar.

Nos interesa indagar acerca de la cuestión del “deseo” en el contexto de la enseñanza de la filosofía, ya que consideramos que está estrechamente relacionado con la tarea de promover el filosofar a que aspiraría un profesor filósofo.

Si el gesto filosófico surge de una pretensión de conocer, de comprender, (recurriendo a la etimología de la palabra “filo-sofía”, de un amor-*deseo* de saber), sería relevante caracterizar, desde una perspectiva filosófica, el concepto de *deseo* en la enseñanza de la filosofía. Hemos dicho que el profesor debe ser filósofo, ¿por qué? Lo que pretendemos enseñar como filosofía es una *práctica teórica*, es decir, queremos enseñar a filosofar a partir de la dimensión objetiva de la filosofía (historia, sistemas, textos), entonces tenemos que ser profesores filósofos porque, en palabras simples pero contundentes de Obiols: “no se puede enseñar aquello que no se sabe hacer” (Obiols; 1993). Si la filosofía es un amor-deseo, al profesor de filosofía no puede serle ajeno o desconocido es deseo.

Partimos de dos ideas generales acerca del deseo por la filosofía y su relación con la enseñanza, las cuales han motivado la investigación: por un lado la planteada por la profesora chilena Olga Grau (2007), quien considera que es posible enseñar este deseo a otra persona por medio de la *seducción*, mostrando al otro el propio deseo, en términos educativos: el profesor puede enseñar/mostrar el deseo por la filosofía. En el trabajo de Grau se pretende responder a la pregunta ¿puede el deseo por la filosofía ser enseñado?, y retoma la cuestión del deseo desde varias miradas, en primer lugar refiere al relato acerca de la expulsión del Paraíso en el Génesis, porque permite pensar en la emergencia del deseo; quien determina la aparición del deseo es la serpiente, lo *provoca* por medio de la palabra, le ofrece a Eva la visión de otra realidad posible, la invita a

acceder al conocimiento, la lleva a desear lo que no posee, le promete el saber. Lo que hay, el Paraíso, es el lugar estable, predecible, el lugar del no deseo, con una clara prohibición impuesta por la palabra divina, no hay deseo pues no hay ausencia, “todo” está disponible. Pero a la palabra prohibitiva se le opone la palabra de la serpiente, que le muestra a Eva otra realidad posible, así nacen simultáneamente el deseo y lo deseable. Lo deseable esta ausente por eso es deseable, pero está presente como ficción, como imagen. Grau busca luego en la filosofía misma una mirada sobre el deseo, especialmente el deseo de saber, y también recupera la frase inaugural de la Metafísica de Aristóteles, “Todos los hombres, por naturaleza, desean conocer”. Aquí nos encontramos con que un deseo que no necesita mediadores, no necesita un agente que lo provoque pues está dado, existe en la naturaleza humana. El problema que identifica Grau con esta afirmación es que a lo largo de la historia, la “naturaleza humana” es cada vez menos naturaleza, se halla atravesada fuertemente por las consecuencias de la creciente socialización y culturización que se dan cada vez a niveles más complejos. La autora recupera luego una visión contemporánea de la filosofía, retomando a Judith Butler quien trata al deseo como una cuestión política y filosófica, pues en la política también está puesto en cuestión el movimiento hacia algo posible, distinto de lo que hay. Finalmente, y esto se relaciona más directamente con la cuestión del deseo en la enseñanza, recupera un trabajo sobre el deseo del filósofo francés Vincent Descombes, donde se apela a los pedagogos como encargados de despertar en los niños el deseo de aprender. Es entonces cuando la autora plantea su hipótesis a la cuestión: no se trata de despertar el deseo sino de producirlo. Es posible enseñar a otro el deseo por la filosofía, y la posibilidad consiste en que lo producimos, hacemos deseable el propio deseo, cito a Grau:

“Este enseñar el deseo pasa por la seducción de que seamos capaces, de que el cuerpo hable y dé señas en su entusiasmo por pensar. Enseñar el deseo por la filosofía es mostrar al otro nuestro propio deseo (...).”²

² GRAU, O., “Otra vez el deseo. Para pensar la enseñanza de la filosofía”, en *Revista de Filosofía*, Volumen 65, 2009, p. 102.

No se trata de la transmisión de un contenido, ni tampoco se trata de enseñar un deseo que pueda ser colmado, sino que enseñar la filosofía como deseo, es enseñar que el deseo es posible, invitar a pensar sobre las condiciones de ese deseo, mostrando el docente su propio deseo por la filosofía. Se trata de generar o transformar una actitud en el estudiante. De modo similar entiende Martha Frassinetti la tarea del docente de filosofía: generar una actitud de “*curiosidad intelectual*” (Frassinetti, 1993). Esa actitud la vinculamos aquí con el deseo, puesto que es su consecuencia directa: la curiosidad es un ensayo que pretende saciar un deseo, que en el caso de la filosofía se sabe insaciable.

La propuesta de Grau surge como respuesta a un planteo previo de Alejandro Cerletti (2005), para quien el deseo, en tanto amor, no puede ser enseñado. Y eso por la siguiente razón; si se pretende enseñar filosofía debe asumirse que cualquier persona puede ser filósofo, en mayor o menor medida, pues algo deben compartir los filósofos “consagrados” con los principiantes para que tal enseñanza sea posible y tenga un sentido más allá que la mera transmisión de información. Identifica como lo propio de la actividad filosófica un tipo de actitud, interrogadora, crítica, por lo que cualquier persona que asuma esa actitud y pretenda responder a las preguntas que se hace, más allá de cómo lo logre o no y en qué medida, ya se encuentra en el camino del filosofar. Ahí es cuando aparece el deseo: recurriendo a la raíz etimológica de *filosofía*, la identificamos con la búsqueda de algo ausente, que no poseemos, con un deseo que está presente a lo largo de la historia del pensamiento y de los filósofos. El docente puede mostrar cómo han deseado los filósofos, pero no podrá enseñar a desear. Por eso la enseñanza de la filosofía presenta un carácter *paradojal*, lo esencial de la filosofía, lo que la define, no puede ser enseñado. Es esto lo que preocupa a Grau y la mueve a su reflexión, pues de asumirse que el deseo no puede ser enseñado se está poniendo un límite que “(...) podría clausurar la posibilidad de entender la escena pedagógica de la enseñanza de la filosofía como posible escena de seducción en el deseo por la filosofía.”³

Mi recorrido reflexivo cuando comencé a pensar este tema fue el siguiente: acudí primero a mi experiencia como estudiante, ¿por qué en mi trayecto de formación unas materias me gustaron más que otras? ¿Por qué me gustaron unos temas más que otros? Casi

³ Id. Ibid. p. 98

siempre la respuesta lleva a la mención del docente que la dictó y su modo de enseñar, modo que más de una vez se vincula con la pasión, el compromiso o el entusiasmo con que el docente dio las clases o los temas. En el trabajo de investigación surgen preguntas similares ¿por qué estoy investigando este tema y no otro? También la respuesta lleva a la mención de algún docente o filósofo que me “contagió” su entusiasmo por la reflexión filosófica sobre ciertos temas. Pero ¿son estas respuestas sólo muestras de mi situación en particular? Si uno conversa con colegas y estudiantes de filosofía sobre esto me atrevo a anticipar que aparecerán referencias a docentes por doquier. Si uno indaga con ellos si consideran que el deseo por la filosofía tuvo que ver con la presencia y la tarea de ese docente en particular; las respuestas casi siempre serán afirmativas. Pero esta es una justificación para nada científica ni metodológicamente válida, son sólo anécdotas sobre las primeras impresiones que tuve del asunto y que me llevaron a tratar de entender qué ocurre con el deseo en la enseñanza de la filosofía. Pensemos un momento a partir de los autores; Cerletti nos dice que el deseo por la filosofía es inenseñable, ahora bien, la filosofía es deseo, y de hecho se enseña, en las escuelas, en las universidades, existe la enseñanza de la filosofía más allá de la transmisión de saberes disciplinares, existen personas que no pertenecen a la filosofía que en un momento deciden participar del filosofar, ser filósofos, o al menos un poco filósofos, y sobre la ocurrencia o no de esa decisión muchas veces quien se encuentra ocupando el rol de profesor tiene no poca incidencia. Estaremos de acuerdo en que no es algo que pueda planificarse, ni preverse, pero el propio Cerletti deja abierta la posibilidad en el mismo texto con el que Grau dialoga, “(...) enseñar filosofía es, por sobre todas las cosas, darle una oportunidad al pensamiento.”⁴

También nos dice que una clase filosófica, donde se de sitio el filosofar y no sólo una clase donde se trate de “pasar” la “filosofía” del docente hacia el alumno, deberá ser un espacio donde el pensamiento del otro pueda tener lugar, y está claro (sobre todo considerando el rol que la institución educativa le da en general al estudiante en el proceso de aprendizaje), que el desempeño del profesor filósofo determinará en gran medida que ese espacio exista o no. Grau nos dice que el docente puede enseñar el

⁴ CERLETTI, A. “Enseñar filosofía: de la pregunta filosófica a la propuesta metodológica”. En: *Novedades Educativas*, XVII, 169, enero 2005, pp. 8-14.

deseo por la filosofía mostrando el suyo propio, y Cerletti sostiene que sólo se puede mostrar cómo han deseado los filósofos, más no enseñar ese deseo.

Podemos suspender por ahora la indagación acerca de lo que sea ese deseo, y pensar que el problema hasta aquí radica en el verbo “enseñar”, sin olvidar que esencialmente la filosofía es deseo. El deseo por la filosofía se puede enseñar pero no en el sentido de transmitir, se puede ser un profesor filósofo que ejercite y haga visible su deseo, en tanto filósofo y en tanto profesor. Un profesor que desee la filosofía y desee la enseñanza filosófica al mismo tiempo, permitirá que el deseo ocupe un lugar importante en la clase filosófica como un “contenido” fundamental, habilitará así una “oportunidad para el pensamiento”. Si debemos ser profesores filósofos y si aceptamos que se puede mostrar el deseo de los filósofos, entonces nuestro propio deseo debe poder mostrarse y ponerse también en juego. De modo que acuerdo con el carácter inenseñable del deseo que nos indica Cerletti, pero prefiero tomar el mismo camino que Grau, que consiste en asumir que sí se puede enseñar el deseo, que efectivamente nos lo han enseñado, que es eso lo que hace un docente cuando muestra su deseo. Queda pues pensar qué significa concretamente en la práctica un profesor-filósofo-deseante, tarea enorme que implicará identificar qué es lo que el docente debe hacer para mostrar su deseo.

Un filósofo que ha hecho un aporte rico en la cuestión del deseo es Jean-François Lyotard en una serie de conferencias dictadas en 1964 y recopiladas bajo el título *¿Por qué filosofar?* Retomaré de ahí algunas ideas que considero pueden ayudar a pensar al deseo en el contexto de la enseñanza de la filosofía.

La primera es cuestión tiene que ver con la pregunta *¿qué es la filosofía?* a la cual ya hemos hecho referencia. Lyotard reconoce en esta pregunta algo similar a un acto fallido, por parte de la filosofía. Entre los actos fallidos se cuenta no encontrar algo que se colocó en algún lugar, así como también ocultar un objeto. La filosofía, al hacerse esa pregunta, que hemos reconocido esencial para su enseñanza, se olvida de sí misma, de su lugar; se oculta. Por lo tanto Lyotard propone la pregunta *¿por qué filosofar?* con la que se pone en primer plano la posibilidad de la filosofía de estar ausente. En lo que nos preocupa a nosotros podemos decir que para los estudiantes, quienes se topan con la filosofía en

algún momento de su educación, ella en general se halla ausente de sus vidas, nuestra tarea como profesores consiste justamente en que se haga presente, independientemente de lo que creamos qué es, si un contenido o una actitud, lo que nos interesa es que la filosofía hasta ese momento ausente, “aparezca” en la vida de nuestros alumnos. En eso radica la tarea del profesor: partiendo de asumir algo que no está, trabajar para hacer que aparezca. Preguntando ¿por qué filosofar? aceptamos que la filosofía es algo, pero algo discontinuo, que puede ocurrir o no.

Para comprender esta dimensión discontinua de la filosofía y que Lyotard llama estructura presencia-ausencia, podemos preguntarnos ¿qué es el deseo? pues como ya dijimos la filosofía es deseo. En el deseo se produce un movimiento, de algo hacia otra cosa. El supuesto objeto deseado ya está definido pero no está presente, y el supuesto objeto es algo indefinido, que necesita del objeto para poder determinarse. Digo supuestos porque Lyotard pretende evitar la visión dualista para entender el deseo pensándolo más bien como un movimiento. No podemos responder ¿por qué filosofar? sin preguntar ¿por qué desear? y sin tener presente que filosofar es desear el deseo; puesto que la sabiduría no se puede desear ya que no es algo definido, no es algo de lo que se pueda estar definitivamente seguro⁵. Ahora bien, siguiendo la línea de los por “qués” de Lyotard, cabría al profesor de filosofía preguntarse ¿por qué enseñar a desear? y esbozo una posible respuesta: porque no hay otra cosa que podamos enseñar. Si no hay un saber perfectamente delimitado, si no hay un canon filosófico, no hay nada de “la filosofía” que podamos enseñar, pero sí hay búsquedas, las nuestras propias, la de los filósofos, sí hay deseo, movimiento, ausencias presentes y presencias ausentes. Lyotard concluye que filosofamos porque queremos, yo agrego, para poder pensar la enseñanza de la filosofía, enseñamos a desear porque no podemos enseñar otra cosa.

⁵ Aquí Lyotard hace extensa referencia a la negociación que pretende hacer Alcibíades con Sócrates relatado en el diálogo *El Banquete* de Platón.